

12 de abril de 2012.

Lunes 19 de Marzo, día del padre, por la tarde, me llama Sara, mi hija: "Hola papi" felicidades, gracias cariño, contesto, que tal, has felicitado al abuelo, mí ex-suegro, se llama José. Si, me dice. Hasta mañana cariño, te quiero. Me despido.

A la 1:30 de la madrugada del Martes día 20 llaman al timbre de la puerta, me levanto de la cama preocupado, nada bueno a estas horas, pienso, miro por la mirilla, dos policías nacionales de uniforme.

Entreabro la puerta, buenas noches, Santiago Arcas, preguntan, le han denunciado por maltrato psicológico, tiene que acompañarnos.

Abro la puerta del todo. Un minuto me tengo que vestir, estaba en calzoncillos.

Vuelvo ya vestido, les pido otros dos minutos para despertar a mi madre (68) años y decirle que me lleva la policía.

Cuando vio a dos policías en el salón se puso a llorar, no te preocupes es cosa de Paloma, la madre de mi hija.

Intento tranquilizarla, me consta que no pego ojo el resto de la noche.

Con mucha educación y cortesía por parte de los policías, tranquilizando a mi madre, prometiendo conseguirme 2 mantas, bajamos a la calle.

Ya en el coche patrulla uno de ellos me ofrece un cigarro, lo cojo agradecido, fúmatelo tranquilo nos vamos cuando te lo fumes.

Nos dirigimos directamente a la comisaría de Ventas, al calabozo del tirón.

Me siento en un asiento de cemento, después de leerme mis derechos y pedirme el Telf. De mi abogada (Tania García García, una abogada honesta), me hacen vaciar todo lo que llevo en los bolsillos, me tengo que quitar los cordones de las chirucas, no llevo cinturón, 10 euros con 10 céntimos, me dejan el billete de 10, por si tengo que pagar por mantener mi virginidad, pienso paranoico.

Me meten a los calabozos, el policía que fue a mi casa le dijo al compañero de los calabozos que me diera dos mantas.

Me hacen pasar primero a la zona de letrinas, quítese la chaqueta, la inspecciona, quítese el jersey, los pantalones, también los inspecciona, las botas, los calcetines, quítese los calzoncillos. Completamente desnudo me hace dar la vuelta poner las manos en la pared y agacharme en cuclillas, el hace lo mismo a mis espaldas para inspeccionar las zonas más íntimas traseras. Que humillante, digo, para mí mas, contesta. Vístase, coja una colchoneta y dos mantas.

Entro en una celda después de abrirme la puerta de acero. 3 m.de largo x 2 m de ancho los primeros 70 cm. aprox. Siguen el mismo nivel del suelo, después se eleva unos 50 cm. de cemento pulido.

Que olor a humanidad, humedad y orines me dieron nauseas, coloque la colchoneta y la manta y me tumbe intentando dormir, lo conseguí después de un rato. Que frio.

Me despierto durante la noche, no tengo ni idea si han pasado 10 minutos o 3 horas, me orino.

Intento ver algo a través de una ventanita de unos 5 cm. x 5 cm., por favor, grito, por favor.

Vuelvo a gritar al no tener respuesta meo en las paredes acaba cayendo al suelo.

Me vuelvo a tumbar, intento dormir, que depresión y el olor, es repugnante, me despiertan unas pisadas, un policía a través de la ventanilla, me pregunta ¿no podía aguantar? mirando al suelo, lo siento, digo, he llamado y no han venido, tiene que recogerlo, me dice, descorriendo el cerrojo.

Me da un cubo y una fregona, lo recojo, vuelvo a entrar ¿Qué hora es? por favor, 3:30, me dice.

Estoy totalmente desorientado, vuelvo a tumbarme, no consigo coger el sueño, pienso en la madre de mi hija con resentimiento ¿Cómo ha podido? Que depresión, el olor, que asco de vida.

Ruido, me despierto, traen a otro detenido ¿Qué hora es? por favor, las 6, me dice el policía, me vuelvo a tumbar, no consigo dormir, a las 10, he vuelto a preguntar la hora.

Tres paquetitos con cuatro galletas cada uno y un zumo de piña, 200 ml. Para comer estoy yo.

Oigo decir a los agentes en más de una ocasión que han venido sus abogados, no consiguen localizar a Tania, mi abogada, sigo paranoico, depresivo.

Santiago Arcas, ha venido su abogada, dice un agente abriendo la puerta.

Se me abre el cielo, veo la luz.

Acompañado de un agente, subimos al piso superior, entro en una oficina, dos agentes de paisano, mi abogada Tania, por fin, ¿Qué hora es? Pregunto, las 12, contesta, no tenemos ni idea de que pone en la denuncia.

Me promete, doy fe que lo cumple, dejar todo y ayudarme me garantiza que al día siguiente vamos ante el juez ¿MAÑANA?, pregunto levantando la voz, ya es tarde, dice, que bajón, vuelve la depresión, un cigarro, la pido, me lo da no se puede fumar, nos vamos a un cuarto los dos solos, solo podemos hablar de hipótesis no sabemos a qué atenernos, me anima, por lo menos lo intenta, se va.

Mientras espero a que un agente me baje a la celda, se levanta uno de los agentes de paisano, cierra la puerta abre la ventana y me ofrece un cigarro, me lo fumo y a continuación el que me a dado Tania. Me sabe a poco poder agradeceré solo con palabras.

Me vuelven a bajar a la celda, otro bajón, joder que olor ya no tengo nauseas.

Vuelvo a tumbarme, me esfuerzo por conciliar el sueño, no lo consigo.

Vuelven al rato, abren la celda, me toman las huellas dactilares de todos los dedos de las manos de las palmas y de los cantos de las mismas, me mandan sentar, foto de frente, de lado y de perfil.

Aumenta la depresión, me han fichado, lo que no me había pasado con 20 años, habiendo dado algún motivo menor, lo había conseguido alguien a la que en algún momento había amado.

Nuestra sangre está mezclada en nuestra hija. Que ruin.

3:30, vuelvo a preguntar la hora. ¿Lentejas o fabada?, pregunta un agente en voz alta para hacerse oír en todas las celdas. , Fabada, contesto.

Abren primero mi celda por ser la primera del pasillo. Salgo, abro el microondas, saco una bandeja herméticamente cerrada: pone fabada en la parte superior, paquete de galletas saladas, ¿cuchara?, pregunto, no hay, contesta el policía.

Otra vez dentro, otra vez ese olor, acido, penetrante.

Abro la bandeja y el paquete de galletas, cojo una, huelo las judías, no me gusta el olor.

Meto un lado de la galleta, cojo dos judías, las meto en la boca. No las escupo por no añadir más olores al ambiente. Las dejo en un rincón.

Me vuelvo a tumbar. Después de un rato consigo dormirme. Oigo pasos en el pasillo.

Traen a otro hombre. Abren una celda, pasos. La vuelven a cerrar. Me asomo por la ventanilla:

Agente, ¿Qué hora es? Por favor, las 6:30 contesta.

Que día más largo, intento moverme por la celda, estoy nervioso y deprimido, no entiendo nada.

Aparto la colchoneta y las mantas a un lado, me pongo de pie.

Recuerdo algunos ejercicios de gimnasia que hacíamos en la mili y los pongo en práctica.

Si me hubieran dejado algo que leer, habría cambiado mi estado de ánimo por completo.

Oigo un grito desde otra celda: agente, necesito ir al baño, silencio por respuesta.

Agente, me meo, vuelven a gritar.

La respuesta vino a través de un altavoz de la pared: ¿Qué crees que esto es un hotel? Te esperas. Yo también me meaba, pero estaba dispuesto a esperar.

Después de un rato empezaba a ser necesario, no me atrevía a llamar.

Como estaba dispuesto a recogerlo, como la otra vez, repetí la jugada y orine en la pared, con el mismo resultado que la primera: acabó saliendo por debajo de la puerta.

Después de un rato (imposible precisar el tiempo sin referencia de luz natural), pasó un agente y haciéndose el indignado me preguntó por la ventanilla si no había podido aguantarme, le contesté que no, pero que estaba dispuesto a recogerlo.

Abrió el cerrojo, mientras decía: por supuesto, no voy a recogerlo yo.

Después de darme el cubo y la fregona y recogerlo, no se lo ocurre otra cosa que seguir echándome en cara que si era un niño, que si necesitaba pañales, con un tono de voz más alto de lo normal.

Le miré a los ojos, si usted está quemado yo más. Podía haber hecho uso de su autoridad y haber insistido en humillarme.

Fue humilde, me pidió con tono amable que volviera a entrar después de vaciar el contenido del cubo en una letrina.

¿Qué hora es?, pregunto por enésima vez, las ocho, contesta de mala gana, ¿a qué hora cenamos? vuelvo a preguntar para tener algún tipo de referencia horaria, sobre las diez, contesta y a la una más o menos vienen los furgones para llevaros a Moratalaz, ¿Moratalaz?, pregunto de nuevo, si, desde allí os llevan a todos a los juzgados.

Paso el tiempo dormitando, sobretodo todo dando vueltas a la cabeza.

Llegó la hora de cenar, al ser el primero en cenar y contestar con una pregunta ¿Qué hay?, carne con patatas, vale, contesto, siguió su ronda de preguntas en las celdas siguientes.

Al momento apareció otro agente preguntando en voz alta ¿Quién quiere una de cocido que queda? Yo, contesté levantando la voz a través de la ventanilla, quien a dicho eso, dijo, el primero, volví a contestar, vale los demás carne con patatas.

Me sentí orgulloso de haber sido tan rápido. Llevaba 24 horas sin comer, me habían ofrecido un cocido, desde ese momento no se me fue de la memoria el cocido que hace mi madre.

El mismo protocolo, lo ponen a calentar, abren la celda, sales, sacas del microondas lo que han puesto a calentar, coges un paquete de galletas saladas y 'aleluya' un sobre de papel con una servilleta de papel y una cuchara de plástico.

No necesite que me dijeran que me fuera a la celda, cerraron la puerta a mis espaldas, tenía hambre, ni los nervios me la quitaban.

No tenía mas ojos que a la bandeja, y nariz al entrar a sentir la bofetada de olor, no conseguía habituarme, me senté en el escalón, coloque la bandeja, en vez de fabada, cocido, ponía en el envoltorio, lo abrí mientras se me hacia la boca agua meto la cuchara, ni lo huelo la llevo a la boca, joder que asco, sabe igual que la fabada de esta tarde, actuó como esta tarde, la dejo, con las galletas saladas la cuchara de plástico y el hambre., Vuelve la depresión.

Deben de ser las 11, me resigno, intento dormir, no lo consigo.

Arriba, vamos, despertar, oigo las voces antes que las pisadas del pasillo, me incorporo rápido.

Al ser el primero, abren mi puerta la primera, hay más de 3 policías, lo cual me hace pensar que ya deben de ser la 1 de la madrugada.

Salimos todos al pasillo del que tantos pasos he oído. Me esposan la mano izquierda a la derecha de otro hombre. Recuerdo de la noche que entré entregando los objetos y metiéndolos, un agente, en una bolsa de plástico a la vez que apuntaba en un papel cada uno de ellos.

Nos subieron a un furgón policial a otros 2 esposados y a uno más solo, por supuesto esposado.

No tengo oportunidad de preguntar la hora, todo sucede muy rápido.

Llueve, por fin, nos ponemos en camino, las sirenas nos siguen y nos preceden durante todo el trayecto. Yo sigo "tranquilo" no he hecho nada, lo tengo claro.

Llegamos a la comisaría de Moratalaz.

Es curioso, ganamos en higiene, ya no huele, pero el trato con los agentes pierde toda su humanidad.

Bajamos del furgón, entramos en un pasillo seguidos por 4 o 6 agentes, aparte de los que ya venían con nosotros. Nos hablaban dando gritos.

A la mitad del pasillo colocaron cajas con bandejas, 3 paquetes de galletas y un zumo, Yo, deseché el cogerlo cuando me lo ofrecieron, este es tu desayuno, no vas a tener otro, me dijo un agente, sin dejar de gritar.

La celda (esto es una celda, con barrotes, no un calabozo, como era lo que había dejado media hora antes). No era individual todo lo contrario, cuando lo abandonamos conté 25 individuos conmigo.

Después de coger la consabida colchoneta y la manta, abrieron la puerta la cual era parte de los barrotes.

Conseguí dormir un rato, como siempre al final, me desperté con los gritos de los agentes para que nos despertáramos.

Salimos de la celda, dejamos la colchoneta donde estaba y la manta en el cuarto de donde las habíamos cogido.

La falta de humanidad y el exceso de rutina de los maderos me hicieron sentir un delincuente.

Nos trasladaron a otra celda dentro del mismo pasillo, algo más pequeña, al lado de la puerta, a esperar el traslado. No colchonetas, no mantas, sentados la mayor parte.

Por favor ¿Qué hora es?, pregunto a un madero, las 6:30, contesta, sin mirar el reloj, bueno se acabaron las noches, pienso, total éramos 28, los conté, había 3 cuando entramos, los únicos que fueron a la plaza Castilla, todos los demás acabamos en los juzgados de violencia contra la mujer (sito en c/ Manuel Tovar nº 6), mejor dicho en los calabozos.

Otra vez a esperar, por lo menos no había olor.

Y tu ¿Qué haces aquí?, Oí que preguntaba un tío a otro. Escuché situaciones que nada tenían que envidiar a la mía. Llamaban a unos, volvían otros.

Tania, mi abogada, llegó a las 10:30, la pregunte.

La denuncia, me explica en un cuarto con espejos de los que te ven desde el otro lado, después de sacarme del calabozo, que ha puesto contra ti la madre de tu hija, te acusa de que después de morir su pareja el día 6 de Enero de un infarto, no has hecho más que acosarla, amenazarla y meterle el miedo en el cuerpo, y no solo eso, Sara tu hija, continua Tania, también en la denuncia asegura que no quiere estar contigo que lo único que haces es decirla que pierda peso si no nadie la va a querer.

Me quiero morir, pero tengo claro que ha sido coaccionada.

Tan claro como tenemos Tania y yo que lo que pretende la madre de mi hija es remediar lo que no ha sido capaz de hacer durante los 3 años aproximadamente que llevamos separados. SER MADRE. Hace casi dos años, fui a los servicios sociales (al lado de la junta municipal de García Noblezas) a decirles que estaba preocupado por mi hija, me costó más de tres meses que me tomaran en serio, tanto, que acabaron derivando el caso al C.A.I, Centro de ayuda a la infancia.

Por mi parte y con la ayuda de Tania, denuncié la situación de mi hija al juzgado de primera instancia nº 66.

Después de unos 15 meses condiciona la sentencia, dicho juzgado, a la presentación de mi hija y su madre periódicamente durante 3 meses al C.A.I.

Solo acuden una vez cada una, incluso la psicóloga del C.A.I. envía el informe antes de pedírselo el juzgado por que está tan preocupada como yo por mi hija.

Dicho juzgado después de recibir el informe lo envía a cada una de las partes.

Es contundente en lo que se refiere a la madre de mi hija, en el último párrafo, y cito textualmente, dice:

*"Desde este centro se considera urgente un cambio de guardia y custodia, puesto que la situación de Sara con su madre en estos momentos es de alto grado de desprotección. De no ser así, sería necesario solicitar una medida de tutela de la menor".*

Al ver dicho informe y ante el temor, egoísta, de perder la custodia, no se le ocurre otra que denunciarme por maltrato psicológico.

Al presentar estos antecedentes en el juzgado de violencia contra la mujer, el juez, después de escuchar a la madre de mi hija entrar en alguna contradicción al contestar a las preguntas de mi abogada (Tania me lo dijo después, yo estaba en los calabozos), después:

- 1.- de negar Yo todas sus acusaciones de su abogado en la sala,
- 2.- de haber subido entre dos guardias civiles esposado,
- 3.- de ver a mis hermanos, Rosi y Jesus, pidiéndome que me estuviera tranquilo,
- 4.- después de lo que me pareció 15 o 20 minutos, el juez dictaminó desestimada la demanda y mirando a su abogado dijo:

*"PARA ESTO NO ESTA LA JUSTICIA".*

Me levanté al mismo tiempo que los guardias civiles, me volvieron a bajar a los calabozos. Ya no tiraban de mí sujetando las esposas. Tiré un beso a mis hermanos, bajamos en el ascensor con el ánimo de haber salido bien parado. Ya otra vez en los calabozos después de decir a los 3 que quedaban que eran las 12:30, e intentar contagiarles mi ánimo, tuve que esperar hasta casi las 2, a que gritaran mi nombre. Abrieron la puerta, me devolvieron mis pertenencias, después de firmar, no me dejaron ponerme los cordones.

La puerta por la que salí da a los aparcamientos del edificio, me dirijo a la rampa que da a la calle, arriba veo a mis hermanos, paro para colocarme la solapa de la bota, levanto la mirada, veo a Sara.

Me quiero morir otra vez ha tenido que venir, me ha visto esposado entre dos guardia civiles, eso es algo que no podré perdonar a su madre el resto de mi vida.

Antes de culminar la rampa Sara se abalanzo sobre mi llorando a moco tendido para darme un abrazo tan fuerte como la culpa que sentía, no pude evitarlo, a mi también se me saltaron las lagrimas, y porque no decirlo, a mis hermanos también.

Intenté tranquilizarla: "*tranquila cariño sé que no ha sido culpa tuya, de verdad que lo sé*", dejo de llorar, pero no podía dejar de abrazarme y darme besos.

Ya más tranquilos nos subimos al coche.

Sara y Yo detrás, me abrazo y no me soltó hasta que no llegamos a casa. Pobrecita lo que ha tenido que pasar con 14 años.

Entiendo que si de cada 100 casos 95 son como el mío pero se consigue evitar que 5 mujeres se lleven una paliza o lo que es peor las maten me doy por satisfecho.

Lo que no entiendo es habiendo hecho tanto daño a su hija ni si quiera la hayan condenado a pagar las costa.

Fomentan que incluso aconseje a otras mujeres a que sigan su ejemplo.

SANTIAGO ARCAS